





EL UMBRAL
DE LO INFRANQUEABLE



Jorge B. Jiménez Sánchez

EL UMBRAL
DE LO INFRANQUEABLE



Primera edición: noviembre 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Jorge B. Jiménez Sánchez

ISBN: 978-84-17961-94-7

ISBN digital: 978-84-17961-95-4

Depósito legal: M-34577-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado, 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis Padres como artífices de parte de lo que soy



Wissenschaft kann die letzten Rätsel der Natur nicht lösen. Sie kann es deswegen nicht, weil wir selbst ein Teil der Natur und damit auch ein Teil des Rätsels sind, das wir lösen wollen.

MAX PLANCK

La ciencia no podrá resolver el último misterio de la naturaleza, porque en última instancia somos nosotros parte del misterio que estamos intentando resolver.

MAX PLANCK



1

La vida debe ser comprendida hacia atrás.

Pero debe ser vivida hacia adelante.

SØREN AABYE KIERKEGAARD

Cualquier evento o acción que nos ocurre en la vida genera un efecto que va conformando nuestro ser así como nuestro carácter. No obstante, hay experiencias que te hacen cambiar por completo tu propia percepción de las cosas y es que, cualquier experiencia determinante en nuestra vida presenta un efecto renovador en la misma. Resultando esta parte renovada la que a modo de testamento busca dejar su legado existencial.

Igual que las olas van difuminando los dibujos que hacemos en la orilla, la concatenación de intensas sensaciones y emociones presentan un resultado equivalente en nuestra propia existencia, de manera que, con el tiempo se conserva únicamente la esencia que a nivel interno evidencia lo que en su momento existió con fuerza y marcó nuestra existencia. A este efecto de olvido parcial hay que sumarle, mi decisión de obviar muchos de los datos personales respetando con ello la privacidad de muchos lugares y personas involucrados sin que esta decisión implique una pérdida del contenido esencial.

Me llamo Uriel, soy periodista y me ganaba la vida escribiendo artículos de divulgación, mayoritariamente de índole científica e innovadora para diferentes revistas y medios de comunicación. La mayor parte de mis ingresos provenían de una de esas revistas y en donde se encontraba mi lugar físico de trabajo. Se trataba de una revista de pequeño tamaño ubicada en un piso adaptado, compuesto de dos viviendas que se habían unido por derribo de una de las paredes que compartían. De esta manera los diez trabajadores fijos que constituíamos la plantilla no teníamos problemas de espacio, pudiendo acoger sin problemas a los trabajadores autónomos que aumentaban la plantilla en épocas de mayor volumen de trabajo y los cuales siempre encontraban algún hueco libre.

Este trabajo me ha proporcionado enormes satisfacciones entre las que destaco, la plena autonomía de la que he disfrutado y las grandes amistades que me he granjeado, y con las que he llegado a crear auténticos lazos afectivos.

Soy de la filosofía de que un trabajo es la forja de cualquier ser humano y en mi caso me ha ido moldeando un carácter crítico, resultado de la adaptabilidad a la que me he visto abocado en múltiples ocasiones con la única finalidad de mostrar una valía y competencias profesionales.

Me atrevería a valorar el efecto que el desarrollo de esta actividad ha tenido en mi propia evolución personal, en cuanto que mi percepción lógica y racional de las cosas fue en aumento.

El modelo de negocio de la revista para la que destinaba la mayor parte de mi tiempo, consistía en un producto liderado íntegramente por el público, de manera que nosotros nos encargábamos de, una vez seleccionadas las mejores propuestas y artículos semielaborados, seguir ampliando su contenido con el mayor rigor posible con el fin de poder lograr su mayor posible aceptación. Esta labor implicaba un enorme esfuerzo de búsqueda e investigación, que justificaba que la plantilla se viera ampliada en múltiples ocasiones por trabajadores autónomos.

Si bien la labor de documentar y redactar un artículo podía resultar enorme, no lo era menos llevar a cabo una clasificación de entre todos los correos que nos llegaban al servidor. Debíamos evitar situaciones tales como descartar correos de excelente contenido, dónde una mala redacción no nos permitiera evidenciar la calidad de lo presentado. En otras ocasiones se trataba de propuestas e ideas sencillas y que nosotros nos encargábamos de documentar adecuadamente, manteniendo siempre la autoría original.

La empresa consciente de la importancia del primer proceso de criba y filtrado, impartía una especie de curso seminario destinado a todo el personal que de manera directa o indirecta se veía involucrado en este primer proceso. Con el tiempo conforme la empresa se hizo ligeramente más grande, se fueron creando departamentos especializados por temas y secciones de manera que los seminarios se enfocaban al proceso específico de criba y filtrado de cada uno de los departamentos creados y a los que se añadió la figura de responsable del proceso.

Una vez recibida esa pequeña formación, nos especializábamos en una sección de área de conocimiento con contenidos perfectamente delimitados. En concreto al cabo del año por baja de un encargado, acabé siendo responsable del área científico-tecnológica.

Con el fin de dotar de mayor fuerza a la revista, cada año establecíamos unos premios fijos y otros por sorteo, consistentes en viajes, cenas, entradas

para eventos... y cuyos beneficiarios eran los mejores artículos y propuestas recibidas. Los premios estaban divididos en dos secciones, una primera sección estaba dedicada a todo lo que terminó por publicarse y otra destinada a aquellos artículos e ideas que no lo hicieron en su momento, pero con el tiempo acabaron por tener la consideración de ser publicados y en cuyo caso, se podía elegir entre el premio o la posibilidad de generación de un artículo.

Si bien, la mayor motivación de la gente era ver reflejado su trabajo inicial y embellecido por los redactores en una publicación, hecho que se veía constatado por el gran número de cartas que recibíamos en términos de felicitación y agradecimiento por el resultado final logrado. No obstante, siempre en el apéndice de la revista se reseñaban todas las propuestas consideradas y que lograron consolidarse en un artículo, informando que pasarían a participar en el sorteo anual.

Recuerdo perfectamente que era una mañana del mes de noviembre y como venía siendo costumbre, me meto en el servidor de la revista para llevar a cabo el proceso previo de criba y filtrado entre todos los correos recibidos. Me gustaba llevar a cabo esta tarea lo más temprano posible por la mañana, con el fin de poder centrarme plenamente en esa actividad sin ningún tipo de distracción, aprovechando que la mayoría de nosotros disponíamos de una llave de las oficinas de la revista. Esta primera etapa debía llevarse a cabo de una manera ágil para que los procesos posteriores de redacción y edición, dispusieran de la mayor parte del tiempo y poder cumplir los a veces exigentes tiempos de entrega comprometidos con la dirección.

Una vez acomodado en mi sitio, me conecto desde mi ordenador al servidor central de la oficina para una vez seleccionados los correos de mi competencia, proceder a extraerlos para un posterior análisis más minucioso. En las raras ocasiones en las que vuelco en mi ordenador correos que no son de mi competencia, intento subsanar mi error enviándolo de nuevo al servidor y este, se encarga de mandar un mensaje al resto del equipo poniéndole en aviso de la existencia de un correo a catalogar con fecha del momento de la errónea extracción.

Como primer filtro me fijo en el asunto, para en una posterior lectura rápida comprobar la concordancia entre el asunto y el contenido. No obstante, siempre en mi cuaderno anoto las características de los diferentes correos que voy extrayendo del servidor a mi ordenador, para con dichas anotaciones poder agilizar un posterior análisis en profundidad.

Recuerdo como aquel día por los apuntes que todavía conservo, tomé las siguientes anotaciones:

Asunto: «Mejora del rendimiento mecánico en los coches de gasolina».
Contenido: «Un doble efecto de succión agiliza su vaporización...».
Valoración y esfuerzo: «poco documentado lo que requiere de diversas consultas a especialistas para comprobar la fiabilidad de sus conclusiones».

Asunto: «Plena Autonomía Energética de los vehículos de transporte».
Contenido: «Las diferentes fuentes de energía renovable pueden emplearse para llevar a cabo un permanente proceso electrolítico en la obtención de hidrógeno a partir del agua para proporcionarnos una autonomía diaria basándose en las nuevas estructuras de almacenamiento...».
Valoración y esfuerzo: «muy bien documentado, pero demasiado técnico, su elevado esfuerzo de redacción apoyado por los especialistas puede resultar en un artículo de interés».

Hay casos como el anterior, en los que el asunto me resulta tan llamativo que me quedo más tiempo leyendo el contenido. En otras ocasiones el asunto *per se* pone en aviso de que el contenido no se va a ajustar a mi sección y paso de largo por el mismo, salvo en contadas ocasiones que cuando los abro guiado por una curiosidad, me aseguro que los vuelvo a marcar como no leídos.

Aquel día abrí un primer correo de los que catalogaba como «curioso» que no tardé mucho en cerrar y restituir su estado a no leído.

Asunto: «Mejora Social».

Contenido: «Un análisis de los movimientos y cambios sociales nos lleva a pensar que la sociedad óptima está basada...».

Según continuaba bajando por la lista de correos, mi vista se detuvo en un correo cuyo asunto titulaba «suceso personal» y cuyo contenido visualicé motivado por la curiosidad. En muchas ocasiones mi mente se transporta hasta ese preciso instante, para preguntarse qué hubiera sido de mi vida si nunca hubiera abierto ese correo y es que resulta curioso como recordamos y revivimos los momentos determinantes de nuestra vida, a sabiendas *a posteriori*, de cómo la decisión más banal se puede tornar determinante.

Los correos que no son archivados por ninguno de nosotros, se mantienen en el servidor durante la semana en curso y trascurrida la misma terminan por eliminarse. A título personal he de decir que nunca volví al servidor para llevar una nueva lectura de los mensajes ya inspeccionados. Es por ello que de haber automáticamente descartado ese correo, las probabilidades de haber vuelto a verlo hubieran sido remotas por no decir nulas.

Consumido por un creciente estado de curiosidad cliqué sobre el correo para comenzar a leer su contenido,

«No encuentro palabras para expresar el dolor de ver como mi compañero y gran amigo Luis cayó desplomado al suelo mientras me encontraba junto a él. Me gustaría en esta melancólica tarde de domingo con el pensamiento vivo aún sin haber sufrido la transformación a un bonito recuerdo, honrar la memoria de mi inestimable amigo Luis. El archivo adjunto contiene un artículo con ideas, fragmentos y datos que componían muchas de nuestras gratas y amenas conversaciones de café. Me gustaría que su revista con dicho contenido elaborara un artículo confiando que el mismo le resulte de interés, pues qué forma más bella hay de honrar la memoria de una persona que con aquello que siempre la motivó y le gustó, y en el caso de Luis era la ciencia».

La firma de dicho correo identificaba plenamente a Pedro como su autor y me llamó mucho la atención que no ocultó su identidad, como en muchos casos sucedía, realizando el envío a través de una cuenta anónima, sino todo lo contrario donde su firma y su dirección de correo corporativa le identificaban como trabajador de un centro de investigación.

El riesgo de la curiosidad es tornarse en tentación y en aquella ocasión sin más dilación, decidí extraer aquel correo a mi ordenador tomando una única anotación del mismo: «importante». Sabía que si trabajaba muy bien ese artículo podría no solo disponer de algo de muy buena calidad, sino ampliar mi red de contactos con personal científico de alta calificación que tan importante podía resultar en posteriores redacciones.

Para evitar situaciones de agravio comparativo, en donde a raíz de una mala experiencia en la que dos de los participantes se conocían y con uno de ellos se mantuvo un contacto más íntimo a lo largo de toda la redacción con el nefasto resultado de la mala prensa que nos hizo la otra persona consciente de la menor atención recibida, haciendo uso de su influencia que como dueño de un medio de comunicación digital tenía para acusarnos de poco rigurosos. A raíz de aquel hecho por política de empresa se decidió que no podíamos ponernos en contacto con ninguno de los participantes con el fin de evitar cualquier tipo de vínculo y que el proceso resultase siempre lo más aséptico posible. En el caso de que se mostrase un vínculo entre ambas partes, redactor-candidato, resultaría la inmediata descalificación del artículo con el consiguiente perjuicio para ambas partes si bien, en este caso la peor parte recaería sobre el redactor. Era consciente de que en esta ocasión dicha norma podría verse no cumplida pudiendo perderse un excelente material de trabajo.

Tenía unas enormes ganas de visualizar el contenido del documento adjunto, pero antes de clicar me planteé que pudiera tratarse de un virus. Este planteamiento cobró fuerza en base al pensamiento de que la mejor forma de ganarse la confianza era mediante la identificación con un centro respetable como era en este caso y lo último que deseaba era poner en riesgo la seguridad de la empresa a partir de una negligencia. Esta fue otra ocasión en la que pude haber descartado el correo, no obstante, mi condición de persona inquieta y tremendamente curiosa resultó determinante en la decisión de continuar indagando.

Uno de los aspectos claves para lograr dotar de rigor a los artículos, es disponer de una red de contactos lo suficiente extensa como para cubrir y abarcar una amplia temática, que le permitan a uno decantarse por cualquier tema a sabiendas de que siempre existirá un consultor experto a quién consultar. Por lo general estos consultores externos, una vez aprobados, formaban parte del gasto de la empresa. Eran excepciones los casos en los que un consultor no era aprobado por la empresa y me resultaba especialmente interesante disponer de su opinión. En tales situaciones llegaba incluso a costear sus servicios, dado que no siempre las personas con las que contactaba estaban dispuestas a brindarme gratuitamente parte de su tiempo y ese fue el caso de un experto en temas de ciber-seguridad, que al igual que otros, evolucionó hacia el rango de amistad.

Adel daba clases de Criptografía en una universidad y dedicaba parte de su tiempo a colaborar con diferentes empresas de ámbito privado y estatal. Le conocí en un seminario y la forma en cómo dio respuesta a las múltiples preguntas que surgieron en la ronda de preguntas, me convenció para proponerle como consultor externo y, ante la negativa de la empresa me decanté a hacer el esfuerzo de mi bolsillo para recibir una segunda valoración, que resultó decisiva, por su parte sobre un tema para el que existían ciertas dudas adicionales a las respuestas otorgadas por el consultor contratado.

A Adel le llevaba conociendo casi diez años y fue a él a quién le pedí que valorara mi prudencia de no abrir el adjunto, reenviándole para ello el correo. En el correo que le escribí, incluí una invitación a uno de los eventos sociales que la revista hacía de manera mensual. En su respuesta, me informó que no existía ningún riesgo en las acciones de abrir el adjunto como de responder al correo en tanto que no tenía evidencias de que ese correo fuera el gancho para el desarrollo de cualquier actividad de índole delictivo, confirmándome que la dirección que indicaba no atendía a ningún tipo de intento de suplantación de identidad. Adel se despidió en su correo valorando mi forma prudente de actuar y animándome a que siguiera así.

Con el veredicto de Adel me sentía seguro para dar rienda libre a mi curiosidad, pudiendo resultar como consecuencia la posibilidad de verse ampliada mi lista de contactos con personal propio de un centro de investigación. Era consciente de que el establecimiento de un contacto personal podría invalidar cualquier posible artículo, pero siendo sincero eso era lo que menos me importaba en aquel momento.

Animado por las circunstancias, comencé por clicar sobre el adjunto con la sorpresa de que no funcionaba. Cuando le expuse este hecho a Adel me dijo que nunca abrió el archivo y que validó su confiabilidad por otros medios y aunque le pareció extraño, no le quise incordiar más volviéndole a enviar el archivo que por otro lado se ofreció a revisar. Fue entonces cuando me decidí a responder al correo de Pedro de una manera sencilla, en los términos de solicitar un encuentro entre ambas partes con el fin de hablar con mayor detalle sobre el tipo de artículo que deseaba y de paso, de darse la circunstancia, comentarle en persona que no logré abrir el fichero que me adjuntó. Todo ello no dejaba de ser la excusa para poder tener una mayor cercanía con el autor de aquel correo y poder conocer en mayor profundidad todos los hechos y circunstancias que rodeaban a la muerte de su amigo Luis.

Pasaron los días sin recibir respuesta alguna y en ocasiones me planteaba si era debido al desinterés por parte de Pedro, desconfianza de haberle escrito desde una cuenta personal en vez desde el correo de la revista o simplemente se trataba de falta de tiempo por su parte. Así llegaron a transcurrir hasta varias semanas, tiempo que, por otro lado, fue más que suficiente para que ese tema se hubiera ido diluyendo por los asuntos propios del día a día.

Trascurridos exactamente 17 días, como pude posteriormente constatar, y con el asunto prácticamente en el olvido, recibo un correo que identifico enseguida por su extensión como perteneciente al centro de investigación. Mi primer pensamiento de que se trata de una respuesta por parte de Pedro se transforma en sorpresa a medida que voy leyendo su contenido.

Estimado Uriel:

Hoy es un día muy triste para nuestro centro pues hemos perdido en menos de un mes a dos grandes compañeros e investigadores. A raíz de ir cerrando todos los frentes que tenía abiertos Pedro, nos hemos encontrado con la breve correspondencia que han mantenido entre ustedes. Me gustaría decirle que estamos abiertos a proceder de acuerdo con su voluntad y apoyarle en lo que necesite para llevar a cabo la elaboración de dicho artículo. Le adelanto que el archivo adjunto,

en el caso de que lo haya intentado, le habrá resultado imposible de abrir y es debido a que cualquier adjunto enviado a una dirección no reconocida por nuestros servidores queda automáticamente invalidado en contenido, por lo que le propongo mantener una reunión para que disponga de un material apropiado para encomendarse a tal empresa. Tal y como le he adelantado en la cabecera del correo, nuestro compañero y gran profesional Pedro ha fallecido y dada la particular relación que han mantenido en sus últimos días de vida, he querido informarle sobre esta trágica noticia.

El correo estaba firmado por Gonzalo en donde indicaba que ostentaba el cargo de director de la División de Biogenética Avanzada.

Es difícil describir la sensación que produce la conocida como cadena de hechos con final fatal. Recuerdo la lectura repetida de este correo y como posteriormente me quedé sentado con la mirada petrificada en una de las ventanas que tenía enfrente de mi puesto de trabajo. En ese momento quedaba sentenciada la inviabilidad de redactar un artículo tomando como base las reglas de la empresa de no contactar con el originador, y en caso de que me decidiera a continuar, tendría que asumir posibles fatídicas consecuencias con el consiguiente perjuicio que a nivel profesional podrían acarrearle. No obstante, si lograra presentar el asunto como un beneficio para la propia empresa, podría puentear los problemas y vicisitudes para en el peor de los escenarios, de no lograr sacar nada en limpio, podría suplir mi sección con alguno de mis artículos redactados en mi tiempo libre y cuya finalidad era poder destinar el valioso recurso temporal para uso exclusivo a otras acciones que de lo contrario resultarían inviable.

Hay ocasiones en las que el sentimiento del momento no comulga con lo que se supone se debería de sentir, consecuencia de verse mezclado con otro tipo de sentimientos de euforia y cuya mezcla con el de duelo uno percibe como negativo. En esta ocasión, el sentimiento principal era expresar mis condolencias por el fallecimiento de Pedro, pero de manera paralela comenzaba a tomar relevancia el interés por disponer de un contacto en un centro de investigación como aquel.

Estaba convencido de que sentía enormemente la pérdida de Pedro, como demostraron las sucesivas lecturas que de manera intermitente iba llevando a cabo desde mi ordenador o desde mi móvil del correo, en los momentos en los que me ausentaba de mi puesto por falta de intimidad. Si bien, con el transcurrir de las horas aquella motivación inicial mezcla de curiosidad, reconocimiento y ambición, fueron convergiendo hacia un único punto de un sentimiento

denostado de pésame. Fue al término de mi jornada laboral de aquel mismo día cuando me decidí a responder al correo de Gonzalo, manifestándole en primer lugar mi pésame para a continuación agradecerle la posibilidad de un encuentro, indicando mi disponibilidad a una horquilla temporal que propusiera.

Cuando llegué a casa pude comprobar que al poco rato de salir de la oficina había recibido un mensaje del centro con el siguiente escueto contenido,

Estimado Uriel es usted bienvenido a cualquier hora.
Atentamente,
Centro de Estudios Biomoleculares.

La rápida contestación y el propio contenido del mensaje me produjeron un estado de euforia, que resultó en gesticulaciones que cualquiera que me hubiera visto se habría arrancado a sonreír.

En esta ocasión, podía identificar claramente la naturaleza de ese sentimiento de euforia como la posibilidad de hacer algo diferente, que lograra sacarme de una entrecomillada rutina en la que sentía me encontraba. Con el añadido de no descartar el hecho de poder granjearme un contacto que, de acceder a querer aparecer dentro de la autoría del artículo, dotaría a este de una mayor calidad y por qué no decirlo, de publicidad.

Un estado de euforia por lo general te desconecta de prestar una mayor atención a los detalles que rodean a las circunstancias que lo ha producido. A medida que ese estado iba remitiendo, mi sentido crítico fue cobrando un mayor peso, de manera que posteriores lecturas del correo me advirtieron de su carácter impersonal, donde una firma genérica sin identificar a persona alguna fue aniquilando mi esperanza de poder reunirme con aquel cargo directivo, pudiendo ser derivado a otra persona con muchos menores conocimientos y alejándome de la oportunidad de disponer de un importante contacto en mi agenda.

Los últimos pensamientos pesimistas no revocaron mi intención inicial de personarme en el centro pues, aunque no me recibiera Gonzalo quién lo hiciera debería de tener el encargo de entregarme algún material con el que elaborar un artículo.

La autonomía que me brindaba mi trabajo me permitía disfrutar de periodos moderados de ausencia todos ellos debidamente justificados. Dicha autonomía era fruto de la previa distribución que de tareas se hacía en el panel que tenía dispuesto nuestra jefa en su despacho. Era ella quién nos reunía semanal e individualmente a cada uno de nosotros para hablar sobre el contenido del mis-

mo y de donde se derivaban las acciones inmediatas, así como las contingentes. En su ausencia siempre nos pedía que fuéramos nosotros quienes completáramos el panel de la semana en curso y para ello de manera rotativa, encargaba que fuera una persona la que completara dicho panel, con el objetivo adicional de que todos estuviéramos involucrados en las actividades de conjunto, en previsión a prolongadas ausencias e incluso bajas permanentes.

Era consciente de la dificultad a la que se veía avocada mi visita al centro de investigación, por lo que debía de intentar tratar el asunto personalmente con ella, alejándome por completo de plasmar dicha actividad en el panel sin previamente hablarlo. Debía preparar una buena argumentación, como haber mantenido una reunión con el centro y que fuera el esperable buen resultado, el que avalara mi actuación. En el caso de que la visita resultara infructuosa no tendría mayores repercusiones al mantenerla en el más absoluto anonimato.

Mi jefa se llamaba Esther y a lo largo de los siete años que llevaba trabajando con ella, siempre mostró un carácter frío y distante que en todo momento me hacía dudar sobre su estado de ánimo. Su iniciativa, claridad de ideas e inteligencia; junto con una estilizada figura, pelo castaño largo y ojos azules, acentuaban su atractivo natural de mujer. Si bien, resultaba ser una mujer muy celosa de su intimidad, hasta el punto de que su despacho permanecía cerrado la mayor parte del tiempo, salvo en contadas ocasiones y entre las cuales se encontraba el día en el que debíamos de actualizar, de forma rotativa, el progreso de la planificación del panel en donde se visualizaba la programación de conjunto.

Durante las reuniones que mantenía en su despacho me resultaba muy llamativo su orden y decoración, que aportaban datos adicionales de una personalidad a la que no le gustaban los cambios imprevisibles. Era destacable una cita que tenía encuadrada en su mesa y que se leía «Lo que separa lo difuso de lo conciso son unas lentes graduadas».

A pesar de su juventud, su tremendo carácter la llevó a tomar las riendas del negocio que originariamente comenzó con otro socio que casi la arruina y al que yo no llegué a conocer pues me incorporé dos años más tarde de aquel suceso a la empresa, aunque conocía la historia por los compañeros que vivieron aquella época. Pudiendo haber liquidado completamente el negocio, se decantó por luchar para mantenerlo a flote y este propósito le granjeó el respeto de todos los trabajadores y ha sido ese respeto que, de forma contagiosa, se ha ido transmitiendo a las nuevas incorporaciones pudiéndose decir que, a la fecha, la plena totalidad de la plantilla comulgaba con el mismo resultando en una tremenda unidad de equipo.

Las reuniones con Esther eran una auténtica incógnita debido a la fluctuación de su carácter, circunstancia que se traducía en que de su despacho se podía salir con una alegría desbordante, así como con un tremendo sentimiento de frustración, derrota e impotencia. A lo largo de los años que estuve trabajando con Esther pude vivir ambas situaciones en diferentes ocasiones, circunstancia que me advirtió que no llevase nunca idea preconcebida alguna, con el fin de atemperar y rebajar cualquier situación en la que me viera crispado.

Después de darle muchas vueltas me decidí a poner en antecedentes a Esther en una versión descafeinada de lo ocurrido descartando una visita previa al centro de investigación. De esta manera con decisión después de infructuosos intentos, logré audiencia en su despacho. En esa ocasión iba con la determinación de lograr su beneplácito a la propuesta que perfectamente elaborada llevaba en mi mente.

Cuando golpecé dos veces con los nudillos en la puerta de su despacho a la hora acordada, con voz indiferente Esther me permitió la entrada con un seco:
—Pasa.

La encontré de pie con la mirada fija hacia la calle, probablemente contemplando a los transeúntes en su discurrir diario, mientras yo me mantenía de pie casi a la entrada esperando que me dijera algo. Transcurridos un par de minutos en esa situación llamé su atención con un tímido:

—Hola Esther.

Fue entonces cuando se dio la vuelta para devolverme unos buenos días con una marcada sonrisa, para seguidamente y en tono más serio preguntarme por el motivo de la reunión, el cual no le había aclarado.

Comencé por exponer los hechos en los que me había visto envuelto, obviando el asunto que me llevó a la lectura del correo y que podría delatar mi curiosidad en exceso, así como otros datos que pudieran perjudicarme maquillando todo como si de un correo de mi exclusiva competencia se tratara y siempre adoptando los términos más favorables posibles en un guion previamente ensayado que destacaba lo que la revista podría ganar, de consolidarse algunos contactos de aquel centro de investigación y que hasta donde conocía se trataba de un centro de auténtica vanguardia.

Esther que en ese momento se encontraba apoyada en una esquina de su mesa, mientras yo continuaba exponiéndole los hechos, mantenía una expresión impasible. De manera que cuando terminé de hablar, Esther se fue gradualmente separando de la esquina de la mesa en la que se seguía apoyada, para comenzar en un acto de exasperación a decirme que todo lo que hasta el momento le había expuesto, resultaba interesante pero que no dejaba de ser

una extralimitación de mis tareas. Hasta se atrevió a decirme que estaba incurriendo en el ámbito de negligencia, por estar desarrollando acciones para las cuales no había sido originariamente contratado. En ese preciso instante me vi en un brete al detectar una actitud agresiva hacia mi persona, por lo que, intenté relajar ese ambiente buscando las palabras más apropiadas.

—Creo Esther que no estás siendo justa —comencé a decir en tono pausado, para continuar diciendo—, ya te he explicado las circunstancias que han llevado a esta situación y que podemos aprovechar para el beneficio de la revista de acuerdo con todo lo que te he expuesto. Hasta podríamos buscar algún tipo de publicidad si se tercia, pues estoy convencido de que los temas de actualidad que tratemos, si vienen refrendados por un centro de prestigio, redundarán en un aumento de los ingresos no solo por ventas, sino por la publicidad al convencer a más *sponsors* de su presencia en nuestro medio —remarqué con un tono firme.

Entonces Esther se puso a caminar por el despacho y empezó a expresar lo que a su entender representaba mi acción.

—No solo te has dedicado a perder tu tiempo, que por otro lado es el tiempo por el que esta empresa te paga, para dedicarte a jugar incurriendo en lo que viene a ser una clara negligencia, sino que además buscas justificar esta acción adornándola como una gran victoria para la empresa —continuó hablando casi en tono amenazante con que no iba a permitir que acciones como esta pusieran en riesgo a la empresa que tanto esfuerzo y sacrificio le había costado conservar y para ello hizo uso de un sencillo símil—. ¿Qué pasaría si todos tus compañeros hicieran lo mismo? ¿Qué ocurriría si decidieran basar sus artículos en meras expectativas con el agravante añadido de adornarlo como un beneficio? —ella misma respondió a estas preguntas—, te diré lo que pasaría, pues que la revista no funcionaría y las implicaciones de cuando algo no funciona pueden llegar a ser devastadoras.

Acto seguido y apuntándome con el dedo me lanzó unas palabras que sinceramente me dolieron enormemente.

—Te creía diferente, pero estoy viendo que me equivoqué.

Esas palabras actuaron como un auténtico tsunami sobre mi persona y lo que no podía permitirme era apagar el fuego con fuego comenzando una batalla con destructivas consecuencias y posteriores secuelas.

Siempre he sentido que las relaciones humanas se vertebran en unos pilares básicos de respeto y confianza, de manera que cualquier percepción de inestabilidad en esos pilares tiene una traducción directa en incertidumbre e inseguridad que invitan al alejamiento. Con el fin de no salir de su despacho

con un gran resquemor, busqué tranquilizarme para seguidamente y de manera casi espontánea e improvisada, proponer una oferta que pasé a exponer de una manera muy pausada para ir aplacando mi marcado estado de nerviosismo.

—Podemos hacer uso de las ventajas fiscales y sociales que se ofrecen a las empresas por la formación de personal —ante la atenta mirada de Esther proseguí—. Me podría encargar de la elaboración de algunos cursos de contenido con el fin de disponer de más tiempo para este asunto, ese tiempo que has remarcado que la empresa paga por mí.

Esto se traducía en una clara sobrecarga laboral, pero mi interés sobre el asunto era mayúsculo e iba en aumento con el añadido de que estaba convencido de que beneficiaría a la revista y por ende a mi persona.

Percibía que esas palabras estaban creando el efecto buscado resultando en un elixir de calma y tranquilidad, sintiendo que estaba evitando con ello, entrar en una acalorada discusión con el riesgo de emplear palabras que cuan arpones, aunque los retires con dolor, producirán un gran desgarró de perenne cicatriz dejando el recuerdo del daño producido. Resultó de gran ayuda para lograr atemperarme, comprender que llevar una empresa no debía de resultar algo sencillo, máxime cuando se tiene un mínimo de ética y conciencia, como mostró tener para salvaguardar los puestos de los empleados en aquellos momentos difíciles donde las continuas luchas y litigios para con su antiguo socio, tuvieron que desgastarla anímica y personalmente. Fue gracias a esa lucha que la revista seguía en pie en unos tiempos convulsos y difíciles, y en ese momento ese sentimiento debía de primar con respecto a cualquier otro.

No obstante, tenía aún el resquemor de la espina clavada por las palabras de Esther, por lo que aprovechando el estado alcanzado de mayor tranquilidad comencé a justificar mi integridad profesional y hasta personal.

—A lo largo de todos estos siete años que llevo trabajando para ti, nunca te he mostrado signos de imprudencia ni negligencia profesional y mucho menos he incurrido en la voluntad de infringir un daño a la revista que encima de todo es el medio que me da de comer tanto a mí como al resto de mis compañeros.

Por la seria expresión y la mirada de Esther, comencé a deducir que había interiorizado mi propuesta con el resultado de que no le debió convencer mucho. Su más que marcado pragmatismo con toda probabilidad, la estarían llevando a pensar que todo el tiempo que no se dedicaba a publicar, era tiempo desaprovechado.

Era tal la importancia y relevancia que había cobrado este asunto que proseguí hablando más para romper la fría atmósfera recién creada, ampliando mi oferta con lo que creía mostraría mi serio compromiso para con la empresa.

Entonces pasé a un tema muy personal, como el correspondiente a las vacaciones, de manera que le dije que estaría dispuesto a sacrificar algunos días de mis vacaciones con el fin de proseguir un poco más con el asunto. A juzgar por su cara, debió de sentirse tremendamente indignada tal y como quedó corroborado posteriormente cuando me insinuó que saliera del despacho y a medida que me iba alejando escuché como Esther decía:

—Esto no ha terminado aquí.

2

El hombre tiene ilusiones como el pájaro alas.

Eso es lo que lo sostiene.

BLAISE PASCAL

El centro de investigación se encontraba a las afuera de la ciudad lo que supuso que aquel día tuviera que madrugar más de lo que acostumbraba, con el fin de intentar llegar a una hora en la que mi presencia resultara lo menos intrusiva posible en sus quehaceres diarios. Según me iba acercando a la posición que marcaba el GPS, podía visualizar una enorme estructura cilíndrica con una altura equivalente a un edificio de 12 plantas, altura que por otro lado me resultaba considerable. Aproveché la circunstancia conjunta de la existencia de pocos coches y no identificar ninguna señal de prohibición, para aparcar lo más cerca posible a lo que consideraba la entrada principal del edificio.

Cuando traspasé la puerta de la que efectivamente resultó ser la entrada principal, entré en un pasillo que se encontraba repleto, a ambos lados, de una vegetación compuesta íntegramente por diferentes tipos de plantas. Seguí andando hasta que, al cabo de un par de minutos, me encontré con una puerta giratoria, que tras cruzarla, me llevó a un espacio donde el suelo se encontraba balizado con una serie de luces rojas que de manera intermitente iban discurriendo hasta donde me encontraba. Al captar íntegramente mi atención aquella disposición de luces, no caí en la cuenta de la presencia de un vigilante que se encontraba embutido, en disposición sentada, dentro de una sección trapezoidal de un tubo acristalado a media altura, y que se prolongaba a lo largo de casi toda la sala, hasta terminar en una sección triangular y a una altura ligeramente inferior a la mía.

Desconociendo si el vigilante se había percatado de mi presencia pronuncié un «hola», en un tono elevado y al no recibir respuesta alguna comencé a caminar por la zona balizada. Según me iba moviendo sentía que no avanzaba como

si el suelo se moviera al mismo ritmo que el mío, pero en sentido contrario. Fueron unos intensos rayos luminosos los que, distribuidos a modo de rejas a lo largo de toda la zona balizada y alcanzando la altura de mis rodillas, me hicieron apartarme rápidamente hacia atrás. Entonces observé cómo la sección donde se encontraba el vigilante fue retrayéndose hasta dejar totalmente visible la figura de un hombre, que al incorporarse destacaba por su elevada altura.

El vigilante se acercó hasta donde me encontraba y me pidió que depositara cualquier dispositivo electrónico, señalando con un dedo un compartimento que sobresalía de la parte media de la sección tubular más próxima a donde me encontraba. Únicamente llevaba mi móvil, aunque me surgió la duda de si mi reloj analógico de agujas contaba como electrónico y según hacía ademán de quitármelo, el vigilante me dijo que con el móvil resultaba suficiente. Cuando se lo entregué, el vigilante cogió una bolsa opaca del compartimento que sobresalía del tubo para una vez introducido en la misma, volver a depositarla en la bandeja que volvió a ocultarse en el tubo. A continuación, me pidió que le acompañara y cuando pasamos la larga zona balizada, señaló con un dedo indicándome hacia dónde tenía que dirigirme.

No entendí muy bien el hecho de que no me solicitase ninguna documentación y me dejase pasar sin más; aunque lo que no iba a hacer era preguntarle el porqué. Sin darle más vueltas me dirigí en la línea diagonal que me señaló y que se trataba de un largo pasillo acristalado. Al final del nuevo recorrido me encontré con una puerta metálica que se fue abriendo, dejando a la vista una enorme sala circular y que justo en su centro contaba con una especie de recepción semicircular. Cuando llegué hasta la recepción, la persona que allí se encontraba sentada levantó la vista y con el ceño fruncido miró a lo que tenía pinta de ser alguna nota, que se encontraba en uno de los marcos de su mesa circular y tras teclear algo en su teclado me indicó que esperase.

Comencé a buscar con la mirada algún sitio a mi alrededor donde poder sentarme con el fin de amenizar la espera con la lectura de algún folleto o artículo destinados a tal efecto. Después de una inspección visual concluí, no sin cierto grado de desconcierto, la ausencia de cualquier zona de espera en aquella enorme sala por lo que me encontraba como un náufrago en una isla rodeada por la soledad del océano. Justifiqué aquel hecho a que debiera de tratarse de una zona de paso por la que raramente se esperaban visitas, sintiéndome por consiguiente como una de esas raras excepciones.

Trascurrida casi una hora, tiempo durante el que no vi trasiego alguno de personal y sintiéndome víctima de la impaciencia, comencé a dar vueltas de ida y venida dentro de la propia sala y en las pocas ocasiones en las que permanecía

apoyado en el borde de aquel punto de vigilancia, me percataba de la impasividad de su vigilante quién sumido en acción contemplativa hacia una pantalla, cuyo contenido no lograba ver, me ignoraba por completo.

Finalmente, el ruido de unos pasos me alertó de la posibilidad de que alguien saliera a recibirme, al poco rato vi aparecer a un hombre de una altura considerable, delgado, de aproximadamente unos 50 años muy bien conservados, que tras ofrecer un saludo al vigilante y levantando levemente las cejas se dirigió a mi estrechándome fuertemente su mano, que a modo de saludo me confirmó que se trataba de Gonzalo, saludo al que respondí sin llegar a apretar tan fuerte como él lo hizo. Su elegante porte junto con su serio semblante imponía un gran respeto. Terminado el breve protocolo de presentación, Gonzalo esgrimió una sonrisa para señalarme con el dedo la dirección que íbamos a tomar.

Según íbamos caminando, me mantuve en un mutismo absorto en contemplar lo que me rodeaba, a sabiendas del privilegio que suponía estar caminando por el interior de aquel centro del que no era consciente de su existencia hasta hacía bien poco. A lo largo del trayecto observaba como pasábamos de un suelo de mármol blanco, con el que había tenido tiempo suficiente a lo largo de toda la espera para familiarizarme con el mismo, a la sobriedad de un mármol de tonalidad oscura, que empezaba a extenderse por un pasillo sobre el que empezábamos a discurrir. La monotonía decorativa de aquel pasillo con únicamente una sucesión de hebras entrecruzadas extendiéndose por sus paredes, comenzó a hacer incómoda la ausencia de conversación. A aproximadamente la mitad del pasillo, comenzamos a caminar sobre una zona enmoquetada en la que se podían ver diferentes figuras geométricas todas ellas con forma triangular. Manteniendo mi mirada aún sobre las figuras representadas en la moqueta, una luz provocó que desviara la vista, para observar que procedía del interior de una cabina y de cuya abertura iba emanando una mayor cantidad de luz, conforme sus puertas se iban desplazando.

En un primer momento pensé que alguien saldría de su interior al no observar que Gonzalo comandara o accionara ningún dispositivo de llamada al ascensor. Pero cuando las puertas se abrieron completamente, dejando totalmente visible el interior de la cabina y ver que no salía nadie, fue cuando comencé a plantearme que aquel centro estaba dotado de medios inteligentes de detección.

Mi planteamiento inicial sobre la existencia de medios avanzados e inteligentes de detección se fue transformando de pesquisa a evidencia cuando, una vez dentro el ascensor, reinició su marcha sin que Gonzalo ejecutara ninguna acción. Sin sentir ni siquiera el primer movimiento de arranque e inicio de mar-

cha del ascensor, observaba la inexistencia de un medio visual que permitiera ver el piso al que nos dirigíamos.

Me sentí tentado en más de una ocasión, movido por una incipiente curiosidad fruto de mi profesión de divulgador, de preguntar a Gonzalo cuál era el mecanismo por el que se regía el control del ascensor. Aquel impulso resultó reprimido por la atmósfera del momento que de alguna manera me intimidaba y a la que contribuía el serio rostro de Gonzalo.

La apertura de las puertas del ascensor me pilló desprevenido al no sentir la parada del mismo. Una zona plenamente acristalada me permitía contemplar todo el exterior y aquella visión se transformó en vértigo cuando, según iba saliendo del ascensor pude observar que estaba en un corredor circular totalmente acristalado, de manera que podía ser testigo de una belleza panorámica, consecuencia de encontrarnos probablemente en la última planta.

La visión de un escenario de un vivo color verde fruto de la lustrosa vegetación de la zona en la que me encontraba, coronado todo ello por un bello fondo montañoso me hicieron pensar que solo por aquellas vistas había merecido la pena la visita. En mi embelesamiento y sin apartar la mirada de la zona acristalada para continuar contemplando aquel espectacular panorama, iba de manera casi imperceptible observando cómo se iba perdiendo luz natural, consecuencia de la gradual opacidad que iban adquiriendo los cristales según íbamos avanzando por el corredor, hasta que en cierto momento nos encontramos caminando por un pasillo de sólidos muros e iluminado con luz artificial.

Pocos pasos dimos en este nuevo entorno, cuando comencé a ver cómo un lateral de una pared comenzaba a abrirse y Gonzalo torció su trayectoria, yo le seguí, para introducirnos por la reciente abertura y en cuyo interior se encontraba un enorme despacho.

Quedé completamente hipnotizado por la visión de aquel despacho, no tanto por su exquisita decoración como por la iluminación proporcionada por el acristalamiento distribuido a lo largo de toda su sección circular. Caminando a la par de Gonzalo, me giré movido por la curiosidad del particular acceso al despacho con el fin de ver el movimiento de la puerta corredera en su acción de cierre. Habiendo cesado dicho movimiento, me encontré que en la zona por la que habíamos accedido, había ahora un acuario que acogía a todo tipo de fauna submarina y que de algún modo delataría que por allí habíamos entrado a su despacho.

La gran iluminación permitía el discernimiento con todo lujo de detalles del contenido del espacio en el que me encontraba, en dónde se destacaban multitud de motivos biológicos, ya fuera en forma de pequeñas esculturas o

impresos en la espaciosa moqueta que cubría todo el suelo. Diversas mesas rodeadas de sofás daban una idea de la enorme amplitud del lugar y según nos íbamos acercando a lo que debía de ser la mesa de trabajo de Gonzalo, se iban haciendo más visibles las impresionantes vistas, que daban un toque de distinción adicional a aquel lujoso despacho.

En pocas ocasiones he disfrutado tanto del silencio en compañía de alguien, aún de pie comencé a sentir el característico olor puro de la montaña y ante mi perplejidad, ese fue el único momento en el que Gonzalo por *motu proprio* me dijo que el aire que estaba respirando era el mismo del exterior y que no provenía de ningún sistema de ventilación, si no del aumento de la porosidad de la zona acristalada, la cual se podía graduar a antojo.

Me quedé tan embelesado en la contemplación de aquel panorama que casi no atendí a sus palabras, por lo que tuvo que cambiar la entonación de su voz para ofrecerme que tomara asiento, para a continuación pasar Gonzalo a sentarse en su elegante y enorme silla detrás de su mesa. De nuevo volvió a hacerse un solemne silencio en el despacho cuando Gonzalo se quedó mirando detenidamente la pantalla de su ordenador, en tanto que yo, puede que por la impaciencia o el propio estado de nerviosismo originado por esa situación, comencé a tocar la silla en toda su extensión con las dos manos, percatándome de la existencia de botones en los laterales de los reposa brazos, descubrimiento que se extendió a lo largo de sus patas y parte inferior del asiento. Con la intención de conocer su funcionamiento comencé después de una primera inspección táctil a presionar y girar la rueda de algunos de ellos, pudiendo percibir como resultado de mi infantil acción, sensaciones tales como la variación en el grado de acolchamiento del asiento, así como diferentes sensaciones térmicas.

De alguna manera esa escena podría resultar cómica, en la cual me encontraba jugando con la silla mientras que Gonzalo se dedicaba a sus cosas. Fue tal mi abstracción en el análisis de las capacidades de la silla, que en el momento en el que me crucé con la mirada seria y atenta de Gonzalo, me quedé intimidado hasta tal punto que esgrimí una inocente sonrisa como si de un niño al que le han pillado haciendo alguna travesura se tratara, para acto seguido decir:

—Estas sillas no las tenemos en nuestra oficina.

Gonzalo esbozando lo que me pareció ser una mueca forzada y con una mirada fija en mi semblante, comenzó con sus palabras a ratificar lo que en su momento me escribió, que se resumía en dar vía libre a la edición de un artículo con material del centro. Su exposición concluyó con una frase que en un principio me pareció ser una indirecta.

—Como comprenderá Uriel, el día a día en un centro de esta envergadura hace que el tiempo resulte un bien tremendamente escaso y en ocasiones ausente.

En la breve pausa que siguió, aproveché para agradecerle profundamente su tiempo y le expresé mis más sentidas condolencias por ambas pérdidas. Gonzalo realizó un gesto con la cabeza en muestra de agradecimiento, para seguidamente adoptar un semblante muy serio y decir con la mirada atenta en mis ojos.

—Uriel, entiendo que comprende que nuestra conversación debe ser estrictamente confidencial por lo que le tengo que pedir que firme un documento.

De inmediato pude ver como del borde de la mesa del despacho comenzaba a salir un documento y cuando se detuvo escuché que Gonzalo me pidió que lo cogiera y me tomara todo el tiempo que necesitara para leerlo, así como ofrecerse a aclararme cualquier tipo de duda que pudiera surgirme de su lectura. Si bien, me explicó que se trataba de un documento estándar de confidencialidad que todo visitante debía de firmar.

Nunca antes había firmado un documento de esa índole, pero era consciente de su existencia en función de qué compañías se visitaran y cuya firma te comprometía a no desvelar nada de lo que allí se viera u oyese, por lo que mi primer momento de duda se vio inmediatamente disipado y máxime cuando sabía que de no firmarlo, perdería la oportunidad de lograr acuerdo alguno. Una primera lectura en diagonal me quitó las ganas de profundizar en un texto con multitud de términos legales que desconocía, por lo que procedí a firmarlo sin hacer pregunta alguna.

Gonzalo me pidió que lo introdujera de nuevo por la misma ranura del que lo había sacado y según lo coloqué noté como iba siendo succionado. Una vez que el proceso concluyó, Gonzalo rebajó su seria mirada para comenzar a exponerme un resumen de los hechos.

—El señor Luis fue víctima de un infarto y como comprenderá un centro de esta envergadura, con la elevada inversión que recibe de diferentes entidades públicas y privadas, debe destacar por su prudencia y reserva ante cualquier noticia que pueda descontextualizarse con el consiguiente perjuicio para el centro. Las financiaciones en muchas ocasiones son como las plumas —tras una leve pausa hizo un movimiento de oscilación con el dedo para añadir—, cualquier corriente hace que levanten el vuelo para cambiar de lugar —después de aquella gesticulación comenzó a desvelarme más datos sobre los hechos.

—El informe de la autopsia resultó totalmente claro sin dar pie a ningún tipo de dudas. La causa de la muerte de Luis fue un infarto fulminante y como

bien sabrá, los infartos se pueden dar en individuos con hábitos totalmente sanos como era el caso de Luis. Su compañero Pedro nunca logró asumir esa pérdida hasta el punto de llegar a culpar al centro de tan fatídico resultado. Todos los que trabajamos en este centro tenemos una carrera científica muy consolidada y hay comportamientos, que solo pueden verse justificados por el elevado grado de estrés al que nos vemos sometidos. Este centro debe mantener los cánones de excelencia para los que inicialmente se proyectó y ello incluye intensas jornadas maratónicas de trabajo, condicionadas por unos tiempos que en ocasiones no llegan a ser reales, pero ante todo hay que saber siempre cumplir con los plazos, tareas y objetivos programados y comprometidos, pues de los resultados depende nuestra continuidad. Pedro y Luis estaban muy unidos tanto en el trabajo como fuera del trabajo según tengo entendido, circunstancia que combinada con el elevado grado de estrés, formó un cóctel explosivo que derivó en un fatal accidente de tráfico, que con gran probabilidad debió deberse a un enorme despiste a juzgar por el temerario adelantamiento que Pedro llevó a cabo.

Entonces Gonzalo me proporcionó un dato que me provocó un tremendo escalofrío, al decirme que no se le pudo hacer la autopsia al cuerpo de Pedro, al recuperarse del mismo poco más que algunos restos orgánicos, después de impactar contra un camión que venía de frente y cuya carga, altamente corrosiva, se esparció por toda la carretera.

La manera como narró y argumentó los hechos me resultó de lo más convincente. No obstante, y adoptando la expresión más inocente que pude, lancé una pregunta a Gonzalo con el objetivo de obtener más datos sobre la muerte de Luis.

—¿Cómo una persona con un claro arraigo científico no fue capaz de afrontar la pérdida de su compañero de un modo más cabal?.

Gonzalo me lanzó una mirada muy seria y dijo de manera contundente:

—La pareja ideal de la lógica es la calma de manera que, cuando los nervios y el estrés entran en escena la lógica puede verse muy desplazada.

Aunque su respuesta me resultó muy prosaica no me suscitó sospecha alguna. A fin de cuentas, se le había practicado una autopsia al cuerpo de Luis, determinando que fue un infarto y esas cosas por desgracia ocurren de la manera más inesperada, existiendo incluso causas genéticas asociadas, por lo que no es motivo de sospecha que estando sano le hubiera tocado sufrir aquel tipo de muerte. Todo lo que quería, era disponer de más datos de cómo sucedió la muerte de Luis, pero me temía que abusando de su confianza podría caer en la desconfianza e inclusive en lo morboso y tampoco me apetecía crear aquella

primera impresión. Me tomé incluso la licencia de preguntar a Gonzalo si en algún momento le aconsejó a Pedro que se tomara algunos días de vacaciones.

Gonzalo me respondió con cierto tono de indignación —como comprenderá somos mayores para tomar nuestras propias decisiones. Ni yo entré en ese terreno ni Pedro me lo solicitó.

Para seguidamente pasar a valorar la tremenda capacidad de trabajo de Pedro, con una frase que con el paso del tiempo recordaría hasta llegar a reverberar en mi ser, con auténtica intensidad.

—Un científico busca conocer y la clave del conocimiento reside en la dificultad, por lo que únicamente en la dificultad, de manera universal, alguien llega realmente a conocer por previamente haberse conocido.

Le expresé mi gratitud por una exposición tan clara de los hechos y consciente del tiempo que Gonzalo me estaba dedicando, intenté llevar la conversación hacia el terreno práctico para poder lograr salir del centro con algo sólido. Con la mayor humildad que pude mostrar, le pregunté a Gonzalo cómo tenía pensado tratar el asunto del artículo.

Entonces observé que Gonzalo frunció el ceño, se levantó y se dirigió hacia la pared que tenía enfrente. Aquella acción me inquietó y girándome seguí con la mirada sus pasos para ver cómo según se iba acercando a la pared, esta adquiría una cierta iluminación verde a la vez que escuchaba decir a Gonzalo si me apetecía un café al que rehusé, para evitar ponerme más nervioso de lo que comenzaba a sentirme. Observé como de la pared salía una taza y al ser asida por Gonzalo, cesó la verde iluminación y bajo ningún concepto daba la impresión de que allí se ocultara una máquina dispensadora de café.

A medida que se iba acercando para volver a incorporarse a su sitio con una sonrisa dijo:

—Compañero inestimable de fatigas es el café y como tal, ostenta un puesto de honor en nuestra comunidad científica.

Aunque estaba de acuerdo con sus palabras, no dije nada para evitar una posible sutil pregunta de por qué no le había acompañado, si bien no oculté una sonrisa de complicidad a sus palabras. Como si hubiera olvidado la pregunta que le hice sobre el aspecto práctico del artículo, se puso a mirar la pantalla de su ordenador para transcurridos unos minutos, comenzar a hablar.

—Estimado Uriel, en muchas ocasiones una pérdida puede catalizar comportamientos que hasta el momento desconocíamos de nosotros mismos.

Sin saber muy bien el por qué de aquel comentario, mi rostro adquirió un serio semblante para tratar de centrarme plenamente en sus palabras evitando

que, mi mente comenzara a elucubrar el significado de esas palabras, esperando a que fuera el propio Gonzalo quien fuera aclarándolo.

—El señor Pedro, estoy convencido que actuó bajo los efectos de una sentida pérdida, equiparable si cabe a la que podía sentir la esposa de Luis —y entonces sacó de su cajón lo que parecía ser un expediente y con voz pausada dijo—, a medida que se ha ido desarrollando esta conversación me ha transmitido la suficiente confianza como para desvelarle un aspecto muy íntimo de Pedro y no quiero que me malinterprete —aclaró con rotundidad—, son las circunstancias que rodean a los hechos las que nos ayudan a conocer la ocurrencia de los mismos.

Mientras mi mente procesaba la última frase como si de un trabalenguas se tratara, Gonzalo abrió un cajón del cual extrajo un dossier, el cual, tras levantarse, pasó a entregarme en lugar de hacerlo a través de la mesa. Según se volvía a incorporar a su asiento, abrí el dossier comprobando que se trataba del expediente personal de Pedro y según iba pasando las hojas, mis sentidos estaban más atentos a las palabras que Gonzalo iba pronunciando.

—El expediente que sostiene y ojea se corresponde al cuadro clínico de Pedro. De acuerdo al mismo, Pedro presentaba un cuadro de trastorno psicótico con fuertes escenarios de delirio, por lo que tuvo que ser ingresado en múltiples ocasiones en una unidad adscrita a nuestros centros de investigación y destinada en exclusiva al tratamiento de cualquier trastorno o enfermedad que pudiera padecer alguno de nosotros. Se trata de centros de salud —explicó Gonzalo— donde la privacidad en si misma resulta un fin. Esta privacidad —continuó explicando— es consecuencia de lo que le comenté sobre la estricta confidencialidad que baña a nuestras instituciones, con motivo de sus distintas fuentes de financiación.

Gonzalo dio un buen sorbo a su taza de café para continuar disertando —no quiero que parezca una auto justificación, pero es probable que tanto usted como muchísima gente no sean lo más remotamente conscientes de lo que supone el trabajo de investigación científica y le puedo asegurar que, detrás de cada pequeño logro hay un enorme sacrificio personal y en muchas ocasiones no basta una arraigada vocación, sino que la misma debe de venir acompañada por unas actitudes y aptitudes muy específicas y concretas. Es el tiempo el encargado de tomar arbitraje en la dura y ardua batalla de la consecución de un fin y cuyo resultado puede condicionar enormemente la vida de las mentes menos preparadas.

Comenzaba a sentir la dureza de su discurso como si este fuera dirigido a mí, sintiéndome como un trabajador de su centro, hasta que Gonzalo pasó a personificarlo.

—Este fue, sin lugar a dudas, el caso de Pedro en el que su propio matrimonio se vio resentido como atestiguaron diversos compañeros por las distintas conversaciones telefónicas, de sobra conocidas, que mantenía con su mujer de manera acalorada y que comenzaban a ser frecuentes. Lo que provocaba que acabara haciendo más horas de las necesarias por falta de la suficiente concentración.

A continuación, Gonzalo se levantó de su silla, se giró hacia la zona acristalada y mantuvo la mirada fija hacia el horizonte. En ese momento sentí un absoluto silencio como en contadas ocasiones he percibido. Ese silencio se mantuvo bastante tiempo hasta que, Gonzalo se giró para retornar a su asiento, cogió una figura triangular de pequeño tamaño que estaba a modo decorativo sobre su mesa y manteniendo la mirada en la misma dijo en voz baja pero perceptible:—Solo hay que unir las piezas para poder comprender, sin lugar a dudas, era una gran persona...

En el tiempo que Gonzalo estuvo hablando, parcamente había podido leer el expediente, dado que estuve más atento a sus palabras. De manera que, cuando me pidió que se lo devolviera me pilló totalmente por sorpresa y en el proceso, de obligada devolución, me vi abordado por un fuerte sentimiento de remordimiento, por no haber prestado más atención al expediente para de esa forma haber sido capaz de hacer una valoración mucho más personal.

Poco o nada me quedaba por decir frente a las evidencias expuestas por Gonzalo. Debiendo haber adquirido mi rostro una imagen compungida, Gonzalo comenzó a cambiar a un registro más alegre para decir:

—Estas pérdidas han resultado especialmente dolorosas, pero quiero que sepa Uriel, que tanto Pedro como Luis fueron grandes mentes e hicieron un trabajo infatigable, han dejado un gran legado científico en este centro que sin albergar duda alguna, resultará de enorme utilidad en investigaciones de las que todos nos beneficiaremos.

Entonces Gonzalo pasó directamente a tratar la pregunta que en su momento le hice, de cómo pensaba tratar el tema del artículo.

—Por respeto a la última voluntad de Luis, del que usted conoce de su existencia por referencia de su compañero y amigo Pedro, le ofrezco la titularidad de una serie de noticias de vanguardia con las que podrá sorprender a sus lectores, que por otro lado veo que no dejan de crecer —y añadió de manera enérgica—. ¡Enhorabuena! por el trabajo bien hecho, pues detrás de los resultados se esconde un buen trabajo.

Aquellas palabras de reconocimiento no evitaron que me llenara de orgullo, más por quién las decía que por su propio contenido, momento en el que en contra de mi voluntad me sonrojé según me miraba. Gonzalo continuó en esta

línea de halagos y esta vez, acercándose hacia mi sitio se apoyó en el borde de la mesa delante de mí y me dijo:

—Quiero felicitarle por su forma de comunicar las noticias y esa es la clave para llegar al público, pues no se trata de contar las cosas sino de saberlas contar y tanto usted como su revista lo está haciendo muy bien. Quiero que sepa Uriel, que nosotros no pretendemos ser un centro totalmente aislado, sino que también queremos se conozca la excelencia del trabajo que aquí se hace y este ha sido otro de los motivos por los que quería conversar con usted.

Tenía que admitir que todas esas palabras resultaron en una súbita eferescencia personal que, a modo de droga, crearon en mí un estado de especial excitación al ser palabras de reconocimiento que provenían de una autoridad como la de Gonzalo quien, prosiguió esta vez lanzando la pregunta:

—¿Entiende ahora que estas cosas no pueden salir a la luz?, imagínese el titular —y con un dedo como si lo estuviera escribiendo en el aire fue diciendo— las condiciones laborales de un importante centro de investigación están provocando infartos y brotes psicóticos.

Fue entonces cuando por primera vez escuché soltar una carcajada a Gonzalo, que comenzó a caminar hacia la entrada del despacho, acción que interpreté como indicativo de que la reunión había llegado a su término. De inmediato, me incorporé para seguir los pasos de Gonzalo y según nos acercábamos al estanque con todo tipo de fauna submarina, me resultaba asombroso pensar que detrás de una pared decorada con un estanque, existiese puerta alguna. Pero a escasos metros del mismo, la pared se fue abriendo lentamente para ir mostrando el mismo pasillo que en su momento dejamos atrás.

El propio aire de confianza que se había generado, me animó a lanzar una de esas preguntas que se duda en plantear hasta que no se encuentra el momento adecuado.

—¿Se abre la puerta cuando nos encontramos cerca de la misma?

La respuesta de Gonzalo fue acompañada de una risa, limitándose a decir —no se trata de una apertura automática convencional como las que conoces.

Sin añadir mayor información al respecto, lo que me desmotivó a exponer más inquietudes, me dirigió una sonrisa a la vez que me hacía entrega de su tarjeta de visita. Según me señalaba la dirección por la que tenía que volver, que era la misma por la que llegamos a su despacho, me dijo que me enviaría el material al correo por el que mantuve correspondencia con Pedro.

Nos despedimos con un fuerte apretón de manos y la sonrisa del rostro de Gonzalo, era un fiel reflejo del estado de dicha y fortuna que personalmente sentía por lo vivido y lo obtenido.

En mi trayecto de salida del centro destacaría que no me encontré con personal, ni siquiera con ninguno de los vigilantes. De manera que cuando llegué a la sala de la puerta de acceso, una mirada indiscreta hacia la zona del tubo donde se suponía que debía encontrarse una persona, me dio la impresión de encontrarse vacía. Justo cuando llegué al final de la zona cilíndrica y a punto de salir, un pitido hizo que me girara para ver como en una bandeja que salía del extremo de la sección triangular, se mostraba la bolsa opaca en la que el vigilante introdujo mi teléfono móvil.